

nos obligue á seguirlas; que premie á los que se mantienen fieles á ellas, y castigue á sus infractores; y esto mismo es lo que la historia nos refiere de todas las sociedades civiles. Se han visto ademas filósofos sistemáticos alzarse contra la libertad y combatirla en sus escritos; pero en la práctica desmentian su teoría, obrando y conduciéndose como si fuesen libres. De este modo en todos tiempos y lugares han presentado los hombres todos los fenómenos y las señales características de la libertad; han pensado, han hablado y han obrado como deben hacerlo los seres libres: de donde se infiere que la libertad es uno de los atributos de la naturaleza humana.

Ah, señores, no tendría la doctrina de la libertad de nuestras almas tantos enemigos, si las pasiones no estuviesen tan interesadas en desconocerla, para satisfacerse impunemente y sin remordimientos. Se podrá disputar contra esta verdad del modo que los Pirrónicos han disputado ridículamente la verdad de su propia existencia; podrán oscurecerla los sofismas, pero no destruirla; y arrastrado siempre el género humano por una convicción profunda, se le verá hablar, discurrir y obrar como debe hacerlo si goza de libertad.

Paso ahora á las pruebas indirectas del libre albedrío, sacadas de los mismos absurdos y de las horribles consecuencias del sistema contrario, ó sea del fatalismo.

Muchas veces, señores, el medio mas corto y fácil de juzgar un sistema es examinarle por sus consecuencias inmediatas. Puede el sofista, á fuerza de sutilezas y de los ardides ingeniosos de la dialéctica, dar un vislumbre de verdad á los errores mas monstruosos; de modo que llegue á ser difícil seguirle en sus complicados argumentos, ó hacer ver su falsedad, aun cuando se conozca perfectamente. Entónces es preciso examinar las consecuencias necesarias de su doctrina; pues el árbol se conoce por sus frutos: y cuando las consecuencias son absurdas, ¿podrán ser verdaderos los principios? Apliquemos esto al fatalismo: si os dijese terminantemente que no hay en realidad vicio ni virtud en este mundo; que los remordimientos no son mas que una quimera y el vano tormento de los ilusos, os escandalizariais de tales proposiciones; y en efecto ya hemos hecho ver en otro discurso cuan abominables son. Si añadiese por último que tampoco hay Dios, ¿no os irritariais aun mas? Pues veamos ahora si no son estas las tres consecuencias inmediatas é inevitables

del fatalismo; y de este modo serémos conducidos por la fuerza misma de las cosas á la doctrina opuesta, la del libre albedrio.

Yo sostengo desde luego que en el sistema del fatalismo no hay realmente bien ni mal: en este concepto me dirijo á sus defensores, y les pregunto: ¿os parecen desórdenes y crímenes los asesinatos, los parricidios, los envenenamientos, la calumnia, la crueldad en los padres, la ingratitud en los hijos, la perfidia en los amigos y la mala fe en el comercio de la vida? Por el contrario, ¿os parecen cosas arregladas, y tenéis por virtudes la probidad, el agradecimiento, la justicia en el magistrado, el valor en el guerrero, y la beneficencia en el rico? ¿Es malo lo uno y bueno lo otro? Hablad: si todo es igual á vuestros ojos; si no advertís otra diferencia entre el bueno y el malo, que la que se nota entre el voraz gavilan y la tímida paloma; si el parricidio y el amor filial son para vosotros lo mismo que una furiosa tempestad ó un dulce rocío, ¿qué sentimientos son entónces los vuestros? ¿Y no os parece semejante doctrina tan horrible que no os atreveríais á profesarla públicamente? Mas si á un lado veis crímenes, y á otro virtudes, sois inconsecuentes; porque al fin si, segun vosotros los fatalistas, todo existe nece-

sariamente; si todo lo que es, debe ser y no puede ser de otro modo, y si todo está encadenado por las leyes del destino irresistible; todo entónces está en su lugar y todo ordenado; entónces no se ha quebrantado regla ninguna, ni hay desorden, porque este no es otra cosa que la infraccion de una regla que debe seguirse y no se ha seguido. Así, Neron cantando el incendio de Troya á la vista de Roma ardiendo, y San Luis administrando justicia debajo de la encina de Vincennes, no hacian mas que cumplir con sus inevitables destinos; y el uno fué justo por la misma razon que el otro cruel; es decir, por el curso de una invariable necesidad. Del mismo modo Tito y Calígula, siendo el primero las delicias del género humano, y su espanto el segundo, son dos anillos igualmente necesarios de la cadena de los seres, el uno de hierro si se quiere, y de oro el otro, pero nada mas; pues la diferencia de su conducta no dependia de su eleccion, así como la diferencia entre aquellos dos metales no consiste en ellos; así, por último, puede llamarse inocente un asesino, citado ante los tribunales, y teñidas aun sus manos en la sangre de su semejante. Y en efecto, en el sistema del fatalismo tendria derecho para decir al magistrado: „Me he visto tan precisado á

„cometer este homicidio, como vos lo podeis es-
 „tar á vengarle: el temperamento obra en mí,
 „como en vos, por el impulso irresistible de la
 „naturaleza: yo he debido ser el tigre que devo-
 „ra su presa, y vos debeis ser el cazador que
 „le persiga; sois mas feliz que yo, pero no soy
 „culpable mas que vos.” En verdad, señores,
 que si el magistrado fuese fatalista, podria, sí,
 condenar al asesino, pero no replicar á su
 arenga.

¿Nos contestará el fatalista que él llama vir-
 tud á lo útil, y vicio á lo perjudicial, aunque tan-
 to lo uno como lo otro sea necesario, y no efec-
 to de una libre eleccion? Pero yo le diré: si así
 es, si esta es la balanza en que vosotros pesais
 lo justo y lo injusto, el vicio y la virtud, echad
 por tierra todas las nociones de la recta razon
 y todas las reglas del lenguaje adoptadas entre
 los hombres: llamad virtuoso á un campo fértil
 que se cubre de ricas mieses, porque es utili-
 simo; y llamad criminal á un torrente desbor-
 dado que devasta los campos, porque es per-
 judicial. Advertid, señores, cuán inseparable es
 en el hombre la idea del crimen de la idea de
 libertad: si un enfermo en el delirio de la ca-
 lentura, y el demente en un acceso de furor
 cometen un homicidio, veriamos en esto una

desgracia, pero no un crimen. Será muy justo,
 muy conveniente poner á uno y á otro en esta-
 do de no poder dañar á sus semejantes; ¿pero
 qué código condenó jamas á muerte al que tie-
 ne el cerebro perturbado, por mas daños que
 haya causado? ¿Por qué los delitos premedita-
 dos, combinados y preparados de antemano
 excitan mayor indignacion, son mas odiosos y
 tienen en los tribunales otra calificacion que
 aquellos que se cometen en un arrebato de có-
 lera ó de furor, sino porque en los primeros hay
 mas reflexion y mas libertad? Quitad pues al
 hombre la libertad, admitid el fatalismo, y des-
 aparecieron el vicio y la virtud.

La segunda consecuencia es, que los remor-
 dimientos son una quimera, y que el único par-
 tido prudente es sofocarlos. El remordimiento
 consiste en la conviccion íntima que tenemos
 de haber debido y podido dejar de hacer la ac-
 cion ejecutada, de cuya conviccion resulta en
 el hombre un combate afflictivo entre la con-
 ciencia que le acusa, y el entendimiento que se
 ve obligado á condenarle. Pero si quitais al
 hombre la libertad, si el culpable no pudiese
 evitar el mal, ¿habria cosa mas necia que repro-
 charsele? Que el hombre responsable de un
 hurto, de una muerte, ó de una calumnia volun-

taria, y penetrado de que tenia libertad para no cometer estos delitos, se reconvenga á sí mismo, es una cosa muy natural; pero si ha sido arrastrado á ellos irresistiblemente, y le han sido tan inevitables como una enfermedad y la muerte, seria tan ridículo echárselos en cara como lo seria que un moribundo se acusase de su agonía. Observad, señores, que hay gran diferencia entre los remordimientos y los demás sentimientos penosos que pueden afectarnos. Nos aflige un suceso inopinado que trastorna nuestros proyectos ó nuestra fortuna, y nos causa pesadumbre la muerte de un pariente ó de un amigo; pero el alma no siente remordimientos sino por faltas cometidas libremente. Así, cuando un enfermo en el delirio de una calentura ardiente insulta ó maltrata á los que le cuidan con el mas tierno esmero, obra maquinalmente; y aunque le cause afliccion, si llega á saberlo, no tendrá remordimientos, porque la conciencia nunca se turba ni se inquieta sino por faltas que han podido evitarse. De todo lo dicho se infiere, que quitarnos la libertad y predicarnos el fatalismo, es enseñar á los malvados á dormir tranquilos en el seno de sus crímenes, y quitarles el único recurso que les queda, el de los remordimientos.

La tercera consecuencia del fatalismo es, que no hay Dios. En efecto, la primera idea que despierta en el alma el recuerdo de Dios, es la de un ser santo por esencia, que no puede aprobar ni cometer delitos; y despojarle de su santidad es lo mismo que aniquilarle. Por consiguiente el fatalista se ve precisado á no reconocer á Dios, ó á hacerle autor de todos los males que infestan la tierra. Segun su sistema, el mundo moral así como el fisico, se dirigiria por impulsos y movimientos inevitables, y todas las acciones humanas, así como los fenómenos de la naturaleza, no serian mas que el desarrollo necesario de la direccion primitiva, impresa en las almas como en los cuerpos. Entónces no solo permitiria Dios el mal como procedente del abuso de la libertad, sino que él mismo seria la verdadera causa de él: entónces el crimen del asesino, así como la erupcion de un volcan que abrasa los lugares inmediatos con su lava encendida, seria efecto de la voluntad divina, y el mal procedería de Dios y no del hombre. Ah! ántes diré, no solo sin temer de blasfemar, sino penetrado de un profundo respeto á la santidad del Dios que adoro, que si fuese preciso admitir el fatalismo, y creer que el hombre no es libre, convendria predicar al instante el ateísmo

como la primera de todas las verdades: pero si todas estas consecuencias nos espantan, volvamos á la doctrina enseñada por la sana razon y por la religion: volvamos, señores, á la doctrina de la libertad de nuestras almas.

Pero aun se dirá: Dios lo ha previsto todo; lo que él ha previsto que habia de suceder es preciso que suceda; su ciencia es infalible, y no podemos hacerla faltar ejecutando lo contrario de lo que ella ha previsto, y por consiguiente no se puede conciliar la libertad del hombre con la presciencia divina. Esta dificultad, señores, es ya bien antigua, y se ha hecho muy trivial á fuerza de repetirse: tiene una apariencia que deslumbra, pero en el fondo carece de toda solidez: voy á responder á ella brevemente. El conocimiento que Dios tiene de los sucesos futuros, no hacen que estos cambien de naturaleza: conoce lo que debe ser libre como libre, y lo que debe ser necesario como necesario. Dios sabia de antemano que hoy nos habiamos de reunir en este templo, pero libremente; de modo que si no hubiéramos sido libres en ello, su ciencia se hubiéra engañado. Nuestra determinacion de reunirnos no ha sido un efecto de la presciencia divina, sino solamente el objeto de ella. Cuando yo me determino á hablar, no es

precisamente porque Dios lo ha previsto, sino que lo ha previsto porque yo debía determinarme á ello; así como yo os veo en este recinto porque estais en él, pero no estais en él porque yo os veo; pues aunque tuviese yo mis ojos cerrados, estariais en él igualmente. Parece que se crée que el conocimiento anticipado de un suceso es causa de él; pero esto es un error manifiesto. Yo preveo que en concluyendo esta conferencia, vosotros y yo saldremos de esta reunion; pero esta prevision no nos pondrá seguramente en la necesidad de separarnos. ¿Es acaso la prediccion del astrónomo la causa de un eclipse? Ciertamente que no, pues el eclipse no se verifica porque esté anunciado en nuestros almanaques; sino que está anunciado en ellos, porque, segun las leyes fisicas, debe haberle. Es infalible que la accion prevista se ejecutará; pero lo es tambien que se ejecutará libremente; así, pues, si es cierto que muy pronto saldremos de este sitio, es cierto tambien que saldremos con toda libertad. En una palabra, nosotros hacemos libremente á los ojos de Dios lo que ha previsto que haríamos libremente, y por consiguiente su presciencia no solo no nos quita nada de nuestra libertad, sino que la supone. Si estas explicaciones no disipan com-

pletamente todas las nubes que oscurecen esta materia, si aun quedan sombras en la conciliacion de la libertad del hombre con la prescencia divina y su imperio sobre la criatura, estamos en el caso de decir con Bossuet: „Cuan-
do nos ponemos á racionar, debemos sentar
como indudable que podemos conocer perfec-
tamente muchas cosas, sin embargo de que
no comprendamos todas sus dependencias y
resultas. Por esta razon la primera regla de
nuestra lógica es no abandonar nunca las ver-
dades una vez conocidas, aunque ocurra algu-
na dificultad al querer conciliarlas; sino al con-
trario, es necesario, digámoslo así, tener fuer-
temente asidos los dos extremos de la cade-
na, aunque no siempre se vea el centro por
donde se continúa su union.”

Léjos pues de nosotros el fatalismo, no mé-
nos temible por sus consecuencia que falso en
sus principios. No se nos ponderen para tranqui-
lizarnos sobre sus resultas las virtudes de algu-
nos Estóicos, las costumbres dulces y apacibles
de Espinosa, ni los actos de beneficencia de al-
gunos materialistas modernos: yo responderé á
esto que por una feliz inconsecuencia se han
manifestado estos hombres mejores que sus sis-
temas; que no han debido sus virtudes á su fa-

talismo; que en su conducta han olvidado sus
principios para obrar como libres; que su senti-
miento ha prevalecido sobre su metafísica; y
que su opinion era tan evidentemente mala, que
se vieron obligados en la práctica á abandonar
sus teorías: añadiré que no tratamos de saber
si ha habido fatalistas virtuosos, sino si lo han si-
do por efecto de su fatalismo; que un sistema
que por una reunion feliz de circunstancias pro-
duce en algunos de sus partidarios resultas mé-
nos funestas, puede no obstante llegar á des-
truir toda moral; y que se hace culpable para
con toda la sociedad en general el que se atre-
ve á predicarle. Ah! la incredulidad moderna re-
coge con complacencia todos los excesos de los
cristianos para hacerlos recaer sobre la religion,
y con una lógica tan absurda como injusta acu-
sa al cristianismo de los vicios que él mismo
condena, y de los furores de que alguna vez ha
sido pretexto; por esto solo sus acusaciones no
son mas que calumnias; pero lo que es una ver-
dad horrible es que el fatalismo conduce al crí-
men á sangre fria; que enseña á los malvados
á burlarse de los remordimientos, enseñándoles
que no son mas culpables por sus delitos que
la planta venenosa por el veneno que encierra.
Esta es, señores, la ocasion de repetir aquellas

palabras de un escritor muy célebre (1), y que hubiera podido muchas veces aplicárselas á sí mismo: „Huid de esos hombres que á pretexto de explicar la naturaleza siembran en los corazones doctrinas destructoras.....Derrribando, destruyendo y hollando cuanto los hombres respetan, quitan á los desgraciados el último consuelo en su miseria; á los poderosos y á los ricos el único freno que contiene sus pasiones; arrancan del fondo del corazón los remordimientos del crimen, las esperanzas de la virtud, y aun se precian de ser los bienhechores del género humano. Dicen que la verdad nunca daña á los hombres: yo lo creo como ellos, y esta es á mi parecer una prueba de que no es la verdad lo que ellos enseñan.”

(1) J. J. Rousseau.

INMORTALIDAD

DEL ALMA.

Si fijamos nuestra vista en el teatro de este mundo, no podremos ménos de admirarnos de dos cosas; de los afanes innumerables con que el hombre se fatiga debajo del sol, como dice el Sabio, y de la brevedad de su frágil destino. ¡Cuántas agitaciones, cuántas inquietudes en este mundo que habitamos! Aquí se ven políticos entregados á vastos proyectos cuya gloria esperan recoger algun dia; allí sabios sumergidos en penosas investigaciones para adquirirse fama; allá atrevidos especuladores que quisieran sujetar por sus combinaciones los caprichos de la fortuna, esperando disfrutar algun dia del reposo en el seno de la abundancia, y por todas partes pueblos enteros dedicados á perpetuas tareas, al comercio y á las artes, y cifrando en no sé que bienes que se les escapan el colmo de su felicidad. Todo gira de este modo en un con-